

Amargura y silencio en los recuerdos de Carmen Baroja



EN 1943, CUMPLIDOS los sesenta años, en un momento de serenidad y equilibrio interior, Carmen Baroja y Nessi, la hermana menor de Pío y Ricardo Baroja, empezó a escribir los recuerdos de su vida; durante tres años, con un ritmo seguramente irregular y discontinuo, vertió sus evocaciones en un montón de hojas sueltas, de diferentes tamaños y colores –a veces hasta tiritas de papel-, sin siquiera numerarlas aunque sí titulándolas *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Este manuscrito permaneció inédito y perdido tras la muerte de su autora, y de su existencia sólo sabían los más cercanos, sus hijos Julio y Pío. Julio Caro habla de él en *Los Baroja* y también hay referencias en algunas biografías de Pío Baroja. Siguiendo estas pistas, la profesora Amparo Hurtado, contando con la generosa colaboración de los hijos, lo encontró en Itzea, la casona familiar en Vera de Bidasoa, tras mucho revolver en carpetas y papeles diversos. Las memorias aparecieron en borrador, desordenadas, desarticuladas, de modo que era necesaria una labor de restauración del manuscrito. Amparo Hurtado lo ha hecho con el esmero, el rigor y la prudencia de una filóloga, y el resultado es un texto limpio y cuidado, que se acompaña de interesantes documentos fotográficos y de un útil índice onomástico al final. El prólogo se centra en presentar la trayectoria biográfica de Carmen Baroja y dedica apenas unas líneas a comentar lo que realmente importa: no hasta qué punto los recuerdos coinciden con los hechos vividos, sino la manera en que esos recuerdos se transmiten, desde las hipótesis razonables que el manuscrito sugiere acerca del proceso de escritura hasta la valoración del estilo, de un vigor y de una concisión sorprendentes e inusitados. Carmen Baroja tenía talento y sensibilidad, enormes ganas de aprender y de vivir de su trabajo, pero no pudo escoger ni cambiar el lugar que como mujer se le había asignado desde la infancia. Esta limitación de su horizonte vital, que ella intentó combatir mediante la lectura, los trabajos sobre orfebrería y folklore, o la escritura de artículos periodísticos, le causó una profunda desolación que impregna todos sus recuerdos.

La adscripción de este texto al género de las memorias requiere ciertas matizaciones. La intención que orienta y justifica la escritura es declarada por la autora en las primeras páginas: “me gustaría aquí dar la impresión

exacta primero de mí, luego de los que me han rodeado y del ambiente en que he vivido. Impresión exacta, naturalmente, desde mi punto de vista y que acaso explicará (mi) manera de ser y de sentir" (48). Hay en principio un impulso autobiográfico que nace de la propia autoestima, del deseo de esta mujer de dejar salir su "YO más estruendoso", de hartarse de escribir sobre sí misma, sobre sus pensamientos y opiniones, quizá como una forma de compensar el silencio en que tuvo que guardarlos en el pasado, pero ese impulso es recortado por la conciencia de la monotonía, la tristeza y la falta de interés de su vida y proyectado entonces más allá de sí misma, es decir, hacia el testimonio de su ambiente familiar, de las gentes que conoció y que admiró y de cuya generación ella también se reclama. El libro no cumple del todo ninguno de los dos propósitos, oscila entre ellos, y sus partes resultan descompensadas y de desigual interés. Sin embargo estas limitaciones de la escritura adquieren relevancia significativa por cuanto expresan carencias, inhibiciones, o defensas de su intimidad.

No llega a ser una autobiografía porque a la autora le falta valor para vencer sus resistencias íntimas a hablar de una parte fundamental de su vida, su matrimonio fracasado con Rafael Caro Raggio, la insatisfacción de sus relaciones afectivas y sexuales: tan sólo quince líneas para callar doce años claves de su biografía, de los treinta a los cuarenta y dos años, una etapa que califica "de desabrimiento y de tristeza" y que prefiere no recordar y menos escribir. El silencio es su defensa y su condena: la defiende de la crudeza de la verdad al dejarla inarticulada, pero le cobra su tributo de frustración y de constante amargura. El silencio, o quizá mejor, el callar, una conducta a medio camino entre la imposición ajena y la autoimposición, me parece una constante en la escritura de Carmen Baroja, que la define en lo temático y en lo formal.

Los recuerdos aparecen distribuidos por la editora en seis capítulos que se corresponden con las diferentes casas que Carmen habitó junto a su familia, primero en Madrid, luego, durante los años de guerra, en Vera de Bidasoa, y finalmente de nuevo en Madrid, en la calle de Alarcón, lugar y tiempo de la evocación, principio y final de la escritura (1943-46). Esta importancia de las casas en la vida y en la memoria de los Baroja -quizás en la organización de

cualquier memoria-, merecería un análisis detenido en la medida en que se trata de casas en las que conviven distintas generaciones de la familia, que se van reajustando a las necesidades de sus miembros, y que sufren los mismos desastres que aquejan a sus moradores. Carmen Baroja las describe con detalle, se demora en el inventario de objetos y muebles de Itzea, porque percibe que esos espacios, esos objetos, reflejan, a través de asociaciones metonímicas, su mundo íntimo (que no es precisamente un mundo doméstico).

El sentimiento que domina sus recuerdos y sobre el que insiste una y otra vez es el de monotonía y hastío: "al mirar atrás veo un camino recto, seguido, largo, aburrido, larguísimo, monótono, siempre igual...". En alguna ocasión, la memoria invade el presente y la escritura se tiñe de una marcada tonalidad emocional:

¡Oh, el aburrimiento, la tristeza de la tarde! La mañana es alegre, se pasa pronto, hay muchas cosas que hacer. ¡Pero la tarde! Las cuatro, las cuatro y media... Por el patio llega el sonido de una muchacha que canta un tango de moda, mezclado o alternado con una canción de su región, completamente folklórica. Las cinco menos cuarto. Pasa el hombre de las tortas. Un grito trae el aburrimiento de estas horas terribles, vulgares, largas:

-¡Tortas, qué más...! ¡A quince y a diez...!

Todos los días igual, a la misma hora (p. 71).

Esta visión de su juventud se amolda en la narración iterativa que cuenta una vez un hecho que se ha repetido cientos de veces; un día resume todos los días de la vida, una vida reglamentada y previsible en la que Carmen Baroja, ambiciosa de vivir, se ahoga, pero, incapaz de romper con ella, sólo puede liberarse a través de la fantasía -"los mejores ratos los pasaba fuera de la realidad que veía estúpida, triste y monótona" (57)-. Al principio, más que la narración de experiencias concretas, le interesa el análisis de sus estados de ánimo y la exposición de sus opiniones, y aquí se revela como una mujer sorprendentemente moderna, en clara ruptura con la generación de su madre. Su feminismo emerge de un enjuiciamiento muy crítico de la sociedad española de la época y de la mentalidad dominante, que otorgaba a los hom-

bres por el mero hecho de serlo unos privilegios que negaba injustamente a las mujeres, entre ellos el derecho a la educación y a la cultura. Qué desprecio tan vivo ante la fatuidad masculina, qué agudos sus juicios sobre la cursilería de Ortega, el afán de medro social de Marañón o la zafiedad de Solana.

Pero la conciencia del deber interiorizada desde pequeña, y su talante tímido y reflexivo frenaron la puesta en acción de sus ideas, la mantuvieron presa de sí misma. Por eso aquellos momentos en que logró realizar algo de sus proyectos reciben amplio tratamiento narrativo: así sus primeros trabajos de orfebrería al regresar de París, las funciones de teatro de *El Mirlo Blanco* celebradas en el salón de los Baroja-Monné, o la puesta en marcha del Lyceum Club femenino en 1926, del que se da de baja durante la República ante la politización de sus actividades. Sus temores y prejuicios la llevan a entender el radicalismo de Trudy Araquistain o de Margarita Nelken como producto de su rencor (?) hacia las mujeres españolas de clase media.

El capítulo cuatro, situado en Itzea, contiene sin duda los recuerdos más intensos del libro: la muerte de su madre en 1935 y los difíciles años de la guerra civil que vivió con angustia pero con coraje, mostrando la decisión y energía necesarias para sacar adelante a su familia. Páginas dramáticas

narradas en un estilo sobrio y contenido que se apoya en la parquedad y eficacia en el uso del adjetivo y en la fluidez de la sintaxis.

La escritura va perfilando una doble y contradictoria imagen de sí misma: por una parte la afirmación de su yo, de sus capacidades intelectuales y estéticas, y por otra la conciencia de su frustración, de haber perdido el tiempo y la vida ("esta vida que podría haber sido tan interesante y hasta bonita"...). Lo extraño es que lo segundo no haya podido con lo primero, es decir, Carmen Baroja, próxima al final de la vida, exhibe una notable lucidez al enjuiciarse a sí misma y en ningún momento cae en el victimismo, actitud en la que -hay que decirlo- se refugian con demasiada frecuencia los discursos femeninos. Su voz atrae y conmueve porque no reparte culpas ni se ablanda en nostalgias falazmente idealizadoras, sino que asume la parte de responsabilidad personal que le corresponde en su destino, manteniendo a distancia el dolor que destila su memoria. *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* se inscribe por méritos propios en la tradición memorialista que caracteriza a los Baroja, y ofrece al lector el testimonio amargo y convincente de una mujer que, pese a todo, intentó ser ella misma.

Celia Fernández Prieto